CAPÍTULO VI.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

LA MUJER, ADMITIDA POR COMPAÑERA DEL HOMBRE, HA CIVILIZADO NUESTRA BARBARIE.

> Para que una mujer sea prudente en sus costumbres, tiene necesariamente que saber en qué consiste la prudencia, y para que imite la pureza de los ángeles es indispensable que sus ideas no se reduzcan á la materia.
>
> (F. DE GRENAILLE, *La niña bien educada*, pág. 64.)

PARA conocer la política y moral de un pueblo no hay mas que informarse de la consideracion que gozan en él las mujeres. Desde las dulzuras del amor conyugal al embrutecimiento del serrallo, hay la misma distancia que de la civilizacion á la barbarie. La sociedad del tiempo de Luis XIV, dista de la sociedad del de Luis XV tanto, como la señorita de la Vallière de la señora Dubarry. No seria imposible citar épocas morales superiores á las de Luis XIV pero nada sacaríamos de ello, porque no estan á nuestro alcance. En Esparta, donde las mujeres formaban héroes, porque eran consideradas ciudadanas; en Roma, donde se elevaban templos á la santidad del matrimonio, en donde la violacion del pudor de una mujer fué un suceso tan prodigioso que cambió la faz del imperio.

La influencia de las mujeres abraza la vida entera. Una querida, una esposa, una madre, son tres palabras mágicas que envuelven todas las felicidades humanas! Es el reinado de la belleza, de la coquetería, del amor y de la razon, pero no deja de ser un reinado. El hombre consulta su mujer, obedece á su madre, la obedece aun mucho tiempo despues de muerta, y los pensamientos que recibe de ella llegan alguna vez á convertirse en principios, mucho mas fuertes que sus propias pasiones.

No hace muchos dias, visitando el cementerio Montparnasse, leí este epitafio que me conmovió: « Duerme en paz madre mia! Tu hijo te obedecerá siempre. » ¡Cuánta emocion, cuánto amor en una simple línea! ¡Qué honrosa memoria de la mujer superior que supo inspirarla!

En el seno materno reposa el espíritu de los pueblos, sus costumbres, sus preocupaciones, sus virtudes, mejor: la civilizacion del linaje humano.

Todos convienen en la realidad del poder, pero algunos dicen que no lo ejerce sino en la familia, como si el total de la familia no constituyese la nacion! ¿Y no veis que el hombre lleva á la plaza pública las ideas que ha oido á las mujeres en el rincon de su hogar? Allí realiza el hombre por medio de la fuerza lo que le ha inspirado la mujer por medio de sus caricias ó insinuádole por medio de la sumision. Quereis reducir las mujeres al gobierno material de su casa, limitando su instruccion á este objeto, olvidando que los errores y las preocupaciones que gobiernan el mundo, salen de la casa de cada ciudadano.....

Otra influencia hay ménos duradera, pero mas violenta, de la cual nadie puede librarse. En la edad de la adolescencia, cuando la vida se nos presenta como una serie de fiestas cuya perspectiva se prolonga

hasta el cielo, sufre el hombre una revolucion que cambia su destino. Una imágen celestial se refunde en todos sus pensamientos, inquiétándolo y atormentándolo al mismo tiempo. No bastándole ya ni el primer amigo, ni la ternura de su madre, quiere una afeccion mas íntima y mas exclusiva, la mitad de sí mismo; la compañera que Dios crió para él, el ángel al cual debe única y eternamente amar; quiere la felicidad de los escogidos. ¡ Llega en fin á descubrir la deseada mitad! y en el instante mismo todos sus deseos se concentran en este solo objeto. Ayer su voluntad era todavía de hierro, hoy no tiene ni caprichos ni voluntad; dispertándose en su corazon al lado del amor cierto heroismo, no aprecia la vida sino porque puede darla. ¿Quereis ver la hechicera que ha ocasionado todas esas mudanzas? volved los ojos: es aquella jóven cuyas miradas expresan su inocencia! Sorprendida del sentimiento que inspira, cortada y pensativa, inclina su frente y se pone colorada; pero no por eso deja de reparar su conquista y la encadena. ¿Y quién le ha revelado un secreto que su amante quisiera tener oculto al mundo entero? ¿Quién? él mismo: su silencio, su respeto, su sumision, la adoracion tímida que le tiene inmóbil y trémulo; todo esto es un lenguaje universal; la inocencia lo entiende, lo mismo bajo los rayos abrasadores del trópico, que bajo los hielos del polo, lo entiende sin haberlo aprendido, porque es una ley general de la naturaleza, que en el momento en que la hermosura ha llegado á su punto, ha de ser dueña de una voluntad que no está en ella.

Así esa jóven que no se conoce aun á sí misma, que hasta la hora presente no habia sabido sino obedecer sin reflexionar; á la cual nada se le ha enseñado de cuanto se hace en este mundo; esta jóven, digo, sin ciencia ni experiencia, adquiere en un momento

un poder y una soberanía. Dispone de la vida y del honor de un hombre al cual la pasion encadena, desea y ve cumplidos sus deseos: quiere, y es al instante obedecida. Su voluntad de niña da un héroe á la patria, ó un asesino á la familia, segun la elevacion de su alma ó la ceguera de su pasion. ¡Oh mujeres! vosotras reinais y el hombre es vuestro imperio! Reinais sobre vuestros hijos, sobre vuestros amantes, sobre vuestros esposos! En vano se titulan vuestros amos: si son hombres, lo deben á que vosotras habeis completado su existencia; en vano se glorian de su superioridad; su gloria y su deshonra provienen de vosotras, como se ve en todas partes, lo mismo en la fábula que en la historia; en el palacio de Circe, en que los guerreros se transforman en lechoncillos, que en el palacio de Médicis, en que los hombres se convierten en bestias feroces.

Un hombre generoso, Byron, hablando de una accion generosa dice que no acierta á emprenderla: sus amigos le instan con eficacia, pero inútilmente, y luego le ocurre una reflexion: se detiene y exclama: «Y bien, si N.... hubiese estado aquí, me lo hubiera hecho emprender! porque es una mujer que en medio de todas sus seducciones y de todos sus encantos me ha impulsado siempre hácia la gloria y hacia la virtud; y hubiera sido mi genio tutelar (1).»

Si hay un hecho incontestable, es pues la influencia de las mujeres, influencia de la vida entera que ejercen por medio de la piedad filial, del placer y del amor. Esto así, preguntamos ¿por qué inconcebible olvido ha podido despreciarse un motor tan universal; cómo los moralistas en vez de reclamar en su auxilio el mas suave y el mas enérgico de todos los poderes, no han trabajado sino en su destruccion;

(1) Tratábase de defender en la cámara de los pares una peticion de los encarcelados por deudas. (Memorias de Byron, tom. II, p. 250.)

y cómo los legisladores de todas las épocas se han coligado para hacérnoslo funesto? Porque, es necesario notarlo, todo el mal que las mujeres nos han hecho, procede de nosotros, y el bien que nos hacen, proviene de ellas. A pesar de nuestras estúpidas educaciones, las mujeres tienen ideas, una inteligencia, un alma; á pesar de nuestras bárbaras preocupaciones, forman hoy la gloria de la Europa y son las compañeras de nuestra vida. En tiempos no muy remotos, doctores graves les negaban un alma; pero, como si la Providencia hubiese tomado á su cargo la venganza de este ultraje, vivia entónces en el Louvre una Isabel, que entregó la Francia á un rey de Inglaterra; y en una humilde cabaña, en los confines de la Lorena vivia una Juana de Arc, que batiendo á los Ingleses, salvó su patria, y despues de haber vivido la vida de los héroes, murió la muerte de los mártires.

Lo que nosotros hemos hecho para deprimir á las mujeres, lo que ellas han hecho para civilizarnos, presenta el espectáculo tal vez mas moral y mas dramático de nuestra historia. Hubo un tiempo en que la belleza luchaba sola contra la barbarie. Encerradas, cual prisioneras en castillos con torres, civilizaban á los guerreros que despreciaban su debilidad, pero que adoraban sus encantos. Acusadas de ignorancia y privadas de instruccion, envilecidas por las preocupaciones y divinizadas por el amor, débiles, tímidas, sin ver á su alrededor mas que hierro y soldados, adoptaron las pasiones de sus tiranos; pero adoptándolas, las suavizaron. Vedlas dirigiendo á los combatientes á la defensa de los débiles. La caballería se convierte en una institucion protectora, preparando de este modo el reinado de la ley. En fin, despues de haber combatido para conquistar reinos, se humaniza hasta batirse por la belleza de las damas,

y empezando la civilizacion por el galanteo. Verificábase en Francia una gran revolucion, el dia en que un noble caballero retiraba sus tropas al llegar á su noticia que en el castillo cuyo sitio iba á emprender, vivia refugiada la mujer de su enemigo en vísperas de ser madre.

Algo mas tarde, habiéndose al traves de las tinieblas de la escuela que cubrian el mundo, abierto paso algunos elementos de las ciencias, los hombres quedaron deslumbrados y el destino de las mujeres fué digno de compasion. Miéntras los hombres no se consideraron superiores sino por la fuerza del cuerpo y por la energía de su valor, habian cedido al ascendiente de la debilidad y de la hermosura; pero apénas hubieron embadurnado su cerebro con una vana ciencia, se apoderó de los hombres el orgullo y las mujeres corrieron mucho riesgo de perder el imperio. El siglo peor para ellas fué el siglo de los doctores; entónces se suscitaron impertinentes cuestiones sobre la superioridad de los hombres y sobre la inferioridad de las mujeres. Trazáronse el alfabeto de sus malicias y la historia de sus imperfecciones; llegándose al extremo de poner en duda la existencia de su alma, y los mismos teólogos, en la turbacion que les agitaba, parecieron olvidar un momento que Jesucristo participaba de la humanidad por medio de su madre.

Estas discusiones tuvieron el triste resultado de que el embrutecimiento de las mujeres se convirtiese en un sistema de moral, así como el embrutecimiento de los pueblos era un sistema de política. Nuestros padres confundieron por mucho tiempo la ignorancia con la inocencia, originándose de ahí todos los males: se queria que las mujeres no entrasen en los intereses de los maridos, ni que los pueblos entendiesen el interes del poder.

A las mujeres, á las cuales se asimilaba al pueblo, se las privó, como á este, de toda especie de instruccion. Todo estuvo contra ellas, la ciencia, la legislacion y la teología; la teología, que se tomaba entónces por la religion, y que no les enseñaba la virtud sino bajo los azotes de la disciplina y de las austeridades de la penitencia. De esta manera entendian nuestros padres la sabiduría de sus mujeres. Creian conservarlas puras y sin mancha, privándolas de su alma, y entregándolas á alguna que otra de aquellas prácticas sin moral que solo sirven para atontar el entendimiento. En los cuentos de Luis XI, de Bocacio, de la reina de Navarra y de Buenaventura Desperries, puede verse si las mujeres conservaron suficiente inteligencia para corresponder con dignidad á las previsiones de sus maridos: allí se hallan todos los beneficios de la ignorancia, completando su gótico cuadro las *Sérées* de Bouchet, *Pantagruel* y *le Moyen de parvenir*, libros jocosos, de que se habla ahora al oido, pero que entónces estaban en gran predicamento, citándose en los castillos por las damas, y en los sermones por los curas, que quemaban á Estéban Dolet por haber traducido las obras de Platon, y quitaban la vida á Ramus convencido de no haber pensado como Aristóteles. Escrito está en letras de sangre en cada una de las páginas de nuestra historia, que el pueblo ha hecho siempre caer sobre los tiranos el peso de sus preocupaciones y de su ignorancia; prueba de ello son el degüello de los Albigenses, el de los Armagnacs, las vísperas sicilianas, obra impuesta al fanatismo y á la supersticion. La ignorancia lo cree todo, la supersticion no raciocina, y el fanatismo se postra y luego se levanta, diciendo: ¿A quién he de herir? ¡Ay de los reyes que fundan su poder en el embrutecimiento de sus súbditos! Esos reyes pueden pedir crímenes, pueden pedir sangre, pero entiendan que no podrán detenerse ni en la sangre ni en el crímen; las tempestades han de seguir su curso! En este caso, cuanto mas ignorante es el pueblo, mas se complace en su ferocidad; ninguna razon, ninguna respeto le detiene, ninguna inteligencia le ilustra, siendo un instrumento que mata, y que de cadáver en cadáver llega á la mano que lo conduce. De este modo la ignorancia, que constituye la fuerza de los déspotas, los derriba despues de haberlos servido. Les sucede lo que al tirano que mantenia sus caballos con carne humana, y fué devorado por ellos.

CAPÍTULO VII.

DE LA EDUCACION DE LAS NIÑAS SEGUN EL ABATE FLEURI Y FENELON.

> No acierto á dar con motivo alguno para tratar á las mujeres ménos seriamente que á los hombres, para desnaturalizarles la verdad bajo la forma de una preocupacion, ni el deber so color de supersticion; porque tienen derecho al deber, lo tienen á la verdad, pues son capaces de entrambos.
>
> (Madama DE REMUSAT, *Educacion de las mujeres*, p. 33.)

UNA mujer subleva al pueblo, arma los príncipes, echa á Mazarino de Paris; otra mujer manda dar fuego al cañon de la Bastilla contra el rey, que no vuelve á entrar en su palacio sin haber visto huir al gran Condé; empezando de este modo el siglo de

Luis XIV. Pásanse algunos años, preséntase el jóven príncipe rodeado de aquellla brillante corte, cuyos nombres pertenecen todos á la historia: en medio del aparato de las fiestas y del estruendo de la guerra, continúa el reinado de las mujeres: los mejores poetas, los mas distinguidos capitanes, los mas sabios ministros sirven de acompañamiento al gran rey, que tiene suspensa la Europa con sus victorias, con sus amores, y la Europa deslumbrada proclama su siglo una de las cuatro épocas mas gloriosas de la historia del espíritu humano. Por primera vez se oyó entónces una voz suplicante que clamaba compasion en favor de las mujeres, dueñas ciertamente de la suerte del pais, pero cuya educacion en medio de tantos prodigios, habia quedado enteramente olvidada. ¡Qué sorpresa! ¡Qué miseria! Un simple eclesiástico sentando una gran paradoja, esto es: « que las niñas no debian aprender mas que el catecismo, la costura, música, baile, el arte de vestirse, de hablar con finura y hacer bien una cortesía. » ¿Y en qué consistia la instruccion nueva que debia escandalizar el siglo de las Sevignés, de las Coulanges y de las Lafayette? Se reducia á saber leer, escribir y contar, entender los negocios lo suficiente para ponerse en estado de oir un consejo, y un poco de medicina para cuidar á los enfermos. Esto era lo que el respetable abate Fleuri creia necesario añadir al talento de hacer bien una cortesía. A las mujeres no habia de enseñárseles ni poesía, ni filosofía, ni historia, ni moral, ni nada de cuanto puede engrandecer el pensamiento, ilustrar la conciencia ó elevar el alma, porque no siendo estas cosas de su resorte, podian dar pábulo á su vanidad. Sin embargo, al hacer esta triste concesion al gran siglo, el abate Fleuri añadia como inspirado: «Se pretende que las mujeres no sean capaces de estudios, como si su alma fuera de

otra especie que la de los hombres; como si no tuviesen como nosotros una razon que dirigir, una voluntad que sujetar, pasiones que combatir, ó cual si les fuese mas fácil que á nosotros cumplir todos estos deberes sin aprender cosa alguna (1). »

No tardó á unirse á esta voz religiosa otra voz casi divina. Acababa Fenelon de consagrar los diez primeros años de su sacerdocio á la instruccion de las nuevas católicas, en cuyo tierno corazon habia leido todos los secretos de otra edad. Su inocencia le habia enseñado el arte de dirigir sus pasiones y su candor el de precaverlas. Este grato estudio, al paso que le habia presentado las mujeres en su carácter nativo, le habia hecho conocer la necesidad de fortalecerlas, porque son débiles, y de ilustrarlas, porque son poderosas. Así fué compuesto, si se me permite esta expresion, con la naturaleza en la mano, el libro de la educacion de las niñas, obra maestra de delicadeza, de gracia y de genio, en que la virtud es dulce como la bondad, y cuya doctrina sencilla y maternal se reduce al amor de Jesucristo en favor de la niñez. Modelo inimitable que está impregnado del alma de su autor, tesoro de verdad y de sabiduría, el mejor tratado de educacion práctica que se ha escrito, aun despues del segundo libro del Emilio, que ha sido sacado enteramente de él.

Desde el primer capítulo, Fenelon sienta los principios. A la enseñanza recomendada por el abate Fleuri, añade la historia griega y romana, la historia de Francia y las relaciones de los paises distantes escritas con mucho juicio. Parécele razonable hasta el estudio de la lengua latina, porque es la lengua de la Iglesia y de la oracion, cargando con este motivo la mano á la imbécil doctrina que hace dirigir á Dios

(1) Fleuri, *Tratado de la eleccion de estudios*, p. 265.

súplicas que el que ruega no entiende, si no ha estudiado Horacio y Virgilio. Finalmente permite la lectura de las obras de elocuencia, de literatura y de poesía. Todas estas cosas le parecen útiles, porque excitan en el alma sentimientos vivos y sublimes en favor de la virtud (1).

Es cierto que inmediatas á unas ideas tan nuevas, pone restricciones muy graves. Sentados los principios, el autor se acuerda de su siglo y se detiene: ántes juzgaba del destino de las mujeres segun las leyes de la naturaleza; ahora parte del lugar que ocupan en la sociedad, y este punto de vista fatal viene á ser el límite del bien que trataba de hacer. Es arriesgado, dice, meter á las mujeres en estudios que pudieran encapricharlas, porque no deben ni gobernar el estado, ni ser guerreras. Raciocinio especioso que se refuta por sí mismo. Es cierto que las mujeres ni han de gobernar ni han de guerrear; pero si gobiernan á los que mandan, si tienen á sus pies á los que combaten, ¿qué ha de resultar de su ignorancia ó de sus luces? Esta es la cuestion que hay que examinar, y el parecer de Fenelon es en este punto enteramente favorable á nuestra causa. Nosotros no diremos que las mujeres sean nuestros amos, porque esta palabra ofenderia la dignidad de los hombres, al paso que nuestra galantería no osara tampoco adoptarla; pero diremos con el grande hombre que acabamos de citar, « Que sin ellas el bien es imposible, que ellas arruinan ó sostienen las casas, que ellas dirigen el pormenor de las cosas caseras, y que por consiguiente deciden de lo que interesa mas de cerca á todo el linaje humano.

La educacion de las mujeres es mas importante que la de los hombres, porque, segun la doctrina

(1) Fenelon, *Educacion de las señoritas*, cap. XII, p. 100.

de Fenelon y el resúmen de su obra, aquellas se la dan á estos.

Aquel libro fué escrito en la época de la mayor influencia de las mujeres, cuando de lo alto de su trono caballeresco daban á la sociedad las formas pulidas y graciosas que habian de cambiar el aspecto de Europa. Y sin embargo tal era todavía el poder de las preocupaciones, que á la vista de la corte mas galante del universo Fenelon hubo de justificar su empresa, no solo con razones de interes y de humanidad, sino con el principio puramente teológico, de que las mujeres son la mitad del linaje humano, redimidas con la sangre de Jesucristo y destinadas como nosotros á la gloria eterna. » Para que se les enseñase un poquito mas que cantar, bailar, y el modo de hacer una cortesía, hubo que invocar los méritos de la redencion y cubrirlas con la sangre de Jesucristo.

Las ideas de Fenelon no fueron muy comprendidas de su siglo, y el nuestro las descuida demasiado. Con solo haber leido sin meditacion alguna su doctrina y su obra, ya creemos haber adelantado algo; y sin embargo, ¡en cuántos paises de Europa, en cuántas ciudades de Francia ni han llegado siquiera á conocerse las sublimes verdades que encierra! En el mismo centro de la civilizacion, ¿son las mujeres lo que debieran? ¿No es aun en el dia de hoy su educacion un testimonio de nuestra ingratitud y de nuestra imprevision? Al ver como se las educa, ¿no se diria que su buena ó mala voluntad ha de quedar sin resultado? ¡Oh mujeres, es pues positivo que los hombres insensatos os condenan en todas partes á la desgracia y á la abyeccion! ¡En todas os tratan como juguetes, os encierran como ídolos, y os compran y venden como mercaderías! Los pueblos, aun los mas civilizados, en lugar de ilustrar vuestra ra-

zon y de elevar vuestra alma, cifran su felicidad en corromperos; os enseñan á considerar los trajes como la primera necesidad de la vida, y la belleza como la primera cualidad humana; os reducen á esa belleza fugitiva, y para colmo de estolidez, despues de haber depravado vuestro corazon, ofuscado vuestra inteligencia, y ajado vuestra razon, dejan pendiente su honor de vuestras virtudes.

Pero tambien ¡con qué indiferencia no miran las mujeres los negocios importantes y con qué ardor las cosas frívolas! Su alma, incesantemente agitada por los caprichos del dia, mira con pasion las cosas de la nada, y por cosas de la nada se disfrazan, se desfiguran, se atormentan; sufren el frio, el calor, el hambre, minando su salud y arriesgando su vida. ¡Ah! damos á nuestras hijas los hábitos de una cortesana, á nuestras mujeres la instruccion de un niño, y despues pedimos al cielo gloria y felicidad! ¿qué sucede? La lijereza de un sexo influye necesariamente en los hábitos del otro; las mujeres son fútiles para agradarnos; nosotros hemos de ser frívolos, si queremos seducirlas. Nuestra indiferencia política y moral, la ignorancia de nuestros intereses y de nuestros deberes, el olvido de la patria, nuestra vanidad pueril, nuestros defectos, nuestros males, todo esto es obra de las mujeres. Su carácter ha venido á ser el carácter nacional; habiendo por una razon muy sencilla tenido que recibir de ellas lo que ellas habian recibido de nosotros.

Pero hagamos ciudadanas á nuestras madres, y al momento cambia todo; que en lugar de apostárselas, como hacen las amas, á cual de ellas tiene los niños mas rollizos y mejor vestidos, disputen quien mejor les plantará, como dice el buen Amiot, virtud en su alma y vigor en su espíritu, y el pueblo en que así se hiciere será el modelo de las naciones. Legislador

sublime, tiempo es ya de que lo tomes en consideracion; las mujeres, que olvidas, forman la mitad del linaje humano: ¿deseas magistrados, guerreros, ciudadanos, quieres hacer florecer un reino, una república? dirígete á las mujeres, porque si ellas no infunden en nuestra alma apego á tus instituciones, las obras de tu ingenio quedarán sin efecto y sin resultado en medio de los pueblos. Pero ¡qué! al escribir tus leyes, al trazar tus códigos, ¿te has dignado siquiera acordarte de que hay mujeres? ¿Sabes lo que es el amor de madre? ¿Has tenido presente que su voz es el primer sonido que hiere nuestros oidos, sus miradas la primera claridad que alegra nuestros ojos, sus canciones nuestros primeros conciertos, sus caricias nuestros primeros placeres? ¿Has pesado esa influencia de todas las horas, de todos los dias, de todos los momentos, y las impresiones indelebles que puede producir? ¡Pues bien! este no es mas que uno de los hilos con que la naturaleza urde la omnipotencia de las mujeres. Cuando niños nos educan, nos inspiran cuando hombres; el amor de una madre nos llama al bien ó al mal; el amor de una amiga ó de una esposa completan nuestra suerte.

Luego, trabajar en su educacion, es trabajar en la nuestra; darles ideas nobles y elevadas, es acabar de una vez con nuestras pueriles pasiones y nuestras ambiciones despreciables. Cuanto mejores sean ellas, mas ganaremos nosotros, y ellas no podrán hacernos mejores, si ántes no las hacemos mas felices. Todavía hoy la existencia de las mujeres acaba donde acaban los homenajes: su juventud es un reinado, su vejez un abandono. Sin embargo, esos años tan largos y tan tristes pueden convertirse en años de atractivos; hay un poder superior al de la belleza, tal es el que produce el cumplimiento ilustrado de un deber. Un medio de conservarse siempre jóven y her-

mosa vale sin duda la pena de ensayarse. No para aquí: una mujer que vive rodeada de su familia, que se instruye para instruirla, que engrandece su alma para ejercer toda su influencia, es por este solo hecho mas inaccesible á la seduccion! Las previsiones de la naturaleza estan llenas de gracias; la naturaleza ha colocado en el corazon de la madre el orígen de las virtudes del hijo, y por una grata compensacion quiere que la inocencia del niño sea la salvaguardia de la prudencia de la madre.

CAPÍTULO VIII.

DE LA EDUCACION ACTUAL Y DE SU INSUFICIENCIA.

Una jóven al entrar en el mundo no distingue en él sino lo que puede servir á su vanidad, y la idea confusa que tiene de su felicidad, y el ruido de todo lo que la rodea impide á su alma oir la voz de lo que resta de la naturaleza.

(V. *Tratado de metafísica.*)

¡Cuántos padres con haber pagado á los maestros creen haber educado á sus hijos!

(Madama BERNIER, *Discurso sobre la educacion de las mujeres.*)

El objeto de la educacion es desarrollar á cada individuo en toda la perfeccion de que es susceptible. KANT.

CON las doctrinas de Fenelon los hombres han adelantado algo, y ha ganado en ello la educacion de las mujeres. Ya no se disputa si es útil instruirlas, ni tampoco sobre los grados de su instruccion; se con-

siente el desarrollo de su inteligencia; se hace mas, se les dan los talentos de un artista ó de un maestro de lenguas; florecen, si es dado expresarse así, en los estudios enciclopédicos; pero en estos estudios nada les incita á pensar por sí propias; reduciéndose á imprimir en su cerebro los cuadernos de la escuela: así cuando llegan las pasiones, las pasiones á las cuales no basta oponer ni los hábitos de la virtud, ni las fuerzas del alma, ni los principios de la religion, hallan manos hábiles en el piano, una memoria que recita y un alma que duerme. Tal es, con algunas pocas excepciones la mujer del siglo, con sus devociones pueriles, la moral del colegio, sus talentos mecánicos, su amor al placer; la ignorancia de todas las cosas de la vida; y la necesidad de amar y de ser amada.

No es que esta educacion no tenga tambien su lado brillante, pues introduce en la sociedad el gusto y los modales artísticos, mas gracias y mas originalidad.

La duquesa y la hacendada, si es que hay todavía duquesas, si es que hay todavía hacendadas, rivalizan en las tertulias con los primeros talentos: unas escriben poemas que se venden á beneficio de los Griegos y de los Polacos; otras pintan cuadros, cuyo precio consagran á obras de devocion, todas escriben con correccion y gracia, las plumas de las Sevigné, y de las Lafayette se han hecho casi vulgares. De este modo la educacion va nivelando poco á poco la sociedad, siendo su uniformidad la democracia mas poderosa, no creyendo sentar una paradoja, si digo que los talentos de las mujeres han hecho mas en favor de la igualdad de los rangos, que todos los decretos de nuestras asambleas nacionales.

Frecuentad las tertulias mas de moda, veréis en ellas las reuniones de hombres de todas edades en